

indígena, ya que solamente este último se fracciona en diversidad de tribus, bien diferenciadas entre sí. Para nuestro objeto, y desde el punto de vista general que informa este trabajo, la intervención del factor humano en la obra industrial determina su división en dos clases, distinta una de otra por la índole de su tarea: la trabajadora y la directora, el bracero y el empresario, la primera formada por el grupo indígena y la segunda por el criollo y el mestizo.

El breve examen de los caracteres y aptitudes, así físicas como intelectuales, que distinguen á los individuos que componen esas clases, dará prontamente á conocer si ellas realizan de un modo completo las funciones que la evolución económica les ha encomendado, ó si aparece alguna pérdida en el funcionamiento de la energía social.

La máquina industrial moderna, fundada en la ley progresista de la economía de las fuerzas, no ha logrado suprimir la intervención del vigor humano. Ha ampliado, es verdad, el ejercicio de las facultades mentales, pero dejando en pie una parte irreductible de esfuerzo muscular. Dos son, pues, las condiciones que debe satisfacer el obrero industrial para el perfecto cumplimiento de su tarea: resistencia física y aptitud intelectual.

¿Hasta qué grado llenan estas dos condiciones nuestras clases trabajadoras?

El vigor del indígena para soportar determinadas formas del gasto de fuerzas,—las fatigas de una larga jornada, por ejemplo,—no es una prueba de su energía física en la obra industrial. Los datos que se poseen dejan, por lo contrario, establecida la debilidad del trabajador mexicano.

Esta debilidad se valoriza por el menor número de unidades de trabajo que rinde el obrero mexicano, en comparación con las que arroja el de otras naciones, en la misma tarea. En una investigación acerca de la materia, se ha dejado establecido que, si un obrero francés puede atender á cuatro telares, un belga á cinco y un inglés hasta seis y ocho, un mexicano llega á dos como *máximum*. Y así debía ser, porque la depresión de la raza indígena es una consecuencia necesaria, fatalmente necesaria, no sólo de la hostilidad del medio en las primeras etapas de la agregación, sino de las condiciones en que históricamente ha evolucionado.

Los antecedentes de su agotamiento muscular están en su falta de alimentación durante las primitivas peregrinaciones, en su sujeción á las clases opresoras antes de la conquista, en el yugo en que bajo de ésta y aun después ha yacido; en su nutrición incompleta, en su educación en la servidumbre, causas todas que la tienen enclavada en una cruz irredenta.

La esclavitud es una mala escuela de trabajo; el hombre á quien el látigo sacude de las postraciones del hambre, acaba por sentir en su ser la irremediable pereza del vencido. La ley escrita podrá hacerle libre, pero otra ley superior, porque emana de todo lo que le rodea, lo condena sin apelación á su atávica somnolencia.

Y ahí también, en esos orígenes, hace falta ir á buscar los huecos que se abren en el fondo intelectual de esta raza.

Si su abatimiento es un efecto de las causas que han determinado su sumisión, su poca amplitud de miras es una consecuencia de las estrechas condiciones de su vida. Su falta de aspiraciones, su estoicismo para soportar la condición más miserable, sintetiza toda su historia. Acostumbrado á marchar con un guía, ya sea que éste lo ampare ó lo hostilice, es, en el trabajo, un excelente imitador, cuidadoso y paciente, sin intentar jamás simplificar la tarea, que acepta con buena voluntad, aunque sin entusiasmo. Sin aptitudes imaginativas ni educación preliminar, como aislado en un ensueño melancólico, el trabajador indígena no puede llegar á ser un artista, como lo es en ocasiones el obrero europeo, ni menos un fabricante de productos en grandes cantidades, como lo es el americano.

Tales son las características de la primera de las dos clases que intervienen en la obra industrial.

La función del empresario reclama sólidas aptitudes: espíritu de iniciativa, educación técnica, gran energía de carácter, entre otras, que nuestros dos grupos directores, el mestizo y el criollo, están muy lejos de alcanzar. Alamán y Mora, más penetrante acaso el primero que el segundo, de más alto criterio éste que aquél, han dejado trazadas instructivas páginas acerca del valor intelectual y moral de ambos

grupos como elementos del desenvolvimiento patrio. En los componentes de estos caracteres se encuentra la explicación de toda nuestra historia.

El criollo mexicano, hijo del primitivo emigrante europeo, que una labor sembrada de privaciones había acabado por colocar al frente de los negocios, no heredó del padre los hábitos de economía, el amor al trabajo y la tenacidad en el propósito. Educado con liberalidad, amante de los placeres, pródigo y perezoso, las fortunas elaboradas con tanto esfuerzo por sus antepasados se disipan prontamente entre sus manos. No es aquí en donde hay que buscar el personal activo y enérgico que exige la dirección industrial. ¿Lo encontraremos en el mestizo?

El mestizo, se ha dicho, participa de todos los defectos y de escasas virtudes de las dos razas que lo engendraron. El conquistador castellano le ha transmitido su espíritu inquieto y aventurero; el indio su insubstancialidad y su indolencia; la firmeza ante la mala fortuna es quizás producto de ambas fuentes. Audaz, violento, derrochador, ingenioso, y también resignado y sereno ante la adversidad, el mestizo ha paseado su sumisión y su protesta por el turbulento pasado de la República, siendo, á la vez, rebelde y opresor, víctima y tirano.

Los dos grupos, el criollo y el mestizo, encauzados hacia una educación literaria, han fomentado el *parasitismo* nacional, creando una inmensa clase que ha extraído su jugo de la política y del arte, de la discusión académica y de la controversia del problema público, cuando no han llevado su iniciativa al terreno más infecundo de la fuerza. La burocracia ha sido su escuela de vida, y para ella y por ella se han agitado incesantemente. Al abdicar de la obra industrial en manos de los inmigrantes extranjeros, ¿no han dado esos grupos una prueba decisiva de su inhabilidad para apoderarse de la dirección del progreso económico?

Conclusiones.—Fáciles son de desprender las consecuencias que emanan de los elementos del medio físico en relación con el objeto de este estudio. Diversidad de obstáculos naturales se oponen, como queda visto, á la evolución industrial de la República. La destrucción de estos obstáculos impone una gran suma de esfuerzos: grandes obras materiales, desarrollo de energías, acopio de capitales, educación científica, obra lenta y tenaz para eliminar los impedimentos que espontáneamente surgen frente al desarrollo del bienestar nacional.

Fijadas las piezas de soporte de nuestro relato, procedemos á él inmediatamente. Sobre el vasto escenario delineado va á pasar la Historia.

CAPÍTULO II

ÉPOCA PREHISPÁNICA

ÚLTIMA ETAPA DE LA EVOLUCIÓN ECONÓMICA. CARACTERES. INDUSTRIA DOMÉSTICA. LA GUERRA Y EL IMPUESTO COMO AUXILIARES DE LA INDUSTRIA. OTRO AUXILIAR DE LA INDUSTRIA: EL COMERCIO. MERCADERES Y GUERREROS. CORPORACIONES; DIVISIÓN DEL TRABAJO. DESARROLLO INDUSTRIAL; INDUSTRIAS DESTINADAS Á SATISFACER NECESIDADES DE CONSERVACIÓN DIRECTA Y DE CONSERVACIÓN INDIRECTA DEL GRUPO; INDUSTRIAS METALÚRGICAS Y Suntuarias; ARTESANOS Y ARTISTAS; LA FABRICACIÓN DEL PAPEL. ESTADO DE LA INDUSTRIA Á LA LLEGADA DE LOS ESPAÑOLES.

Por incompletos que parezcan los datos que se poseen acerca de los tiempos anteriores á la conquista española, permiten, sin embargo, determinar la última etapa alcanzada por el antiguo México en su evolución económica.

Era entonces un país que comenzaba á salir del período agrícola para entrar en el de la pequeña industria.

En organización política, este período corresponde á una monarquía bárbara, cimentada en un régimen semi-feudal, origen tal vez de arraigados cacicazgos que hondamente han influido en la historia patria.

Caracteres.—En el progreso de las sociedades, esta fase está caracterizada por un grupo de hechos que le son inherentes: división de los ocupantes del territorio en dos castas, guerrera ó sacerdotal, al principio, la primera; con ambas funciones á la vez, más tarde, y sometida, tutoreada, reducida á la servidumbre la segunda; desigualdad en la distribución del trabajo y de la producción: consumo desbordante, innecesario desperdicio de energías (grandes construcciones, enorme lujo, guerras sangrientas, sacrificios de víctimas humanas, etc.), en los opresores; miseria, hambre, esclavitud, en los oprimidos; sistema fiscal tiránico, elevados impuestos; legislación paternal al par que severa; sólida disciplina para todos los actos de la actividad colectiva; régimen corporativo comunista en la explotación de la riqueza. He ahí los principales lineamientos.

Dentro de este régimen, en el que todo estaba previsto, pero todo también limitado, la función de las clases productoras se encontraba subordinada á las necesidades de las consumidoras, encargadas de descubrir cauces á la común tarea. En las exigencias de estos últimos grupos hemos de buscar, fuera de los objetos indispensables á la vida doméstica, las orientaciones industriales de los primitivos mexicanos. En la fastuosa corte de Motecuhzoma y en las maravillas del *teocalli* hay que ver, no solamente las naturales desembocaduras del trabajo social, sino la acción directora del empresario; en el tributo al soberano y á los nobles, al igual que en la ofrenda al dios, está la fuerza de una tiranía pesando sobre la labor de un grupo. Es preciso arrancar de los hechos relacionados con la condición económica y política de un pueblo, como de las gigantes



Mujer nahoia hilando

ruinas reveladoras de una civilización, el estado mental de los núcleos trabajadores, los elementos de su potencia industrial.

Ahondemos un poco en esos elementos.

Industria doméstica.—Mientras el agregado constituye una tribu errante, sin otros medios de subsistencia que los que le ofrece la explotación, en su forma más simple, sin transformaciones sucesivas, de los productos de la naturaleza,—la caza y la pesca,—no aparece la labor industrial, que es una consecuencia de la fijación del grupo al suelo.

Las migraciones primitivas tenían por único objeto, lo sabemos, la acción colectiva contra las exigencias del hambre, que se cierne como ave fatídica en la peregrinación de los pueblos que cruzaron el territorio, sembrándolo de innumerables víctimas. La primera manifestación de vida social superior se presenta con la primera tentativa de cultivo de la tierra; el hogar está fundado, y los útiles á él indispensables son una consecuencia de las primicias del suelo; la alfarería, la cerámica, suponen un determinado desarrollo agrícola. Los nahoas ofrecen ya esta faz característica de la evolución humana.

Pero la verdadera aparición de la industria se produce con el hallazgo de una planta que viene á modificar, mejorándolas, las condiciones de aquella existencia: el *maguey*. Toda la civilización de los meshica reposa en ese agave, encontrado, también lo sabemos, en las excursiones de aquellos grupos á través de la Altiplanicie Central. El hallazgo del maguey fué para aquellos pueblos lo que para el árabe el de la palmera: un inesperado elemento de subsistencia y un agente material de progreso.

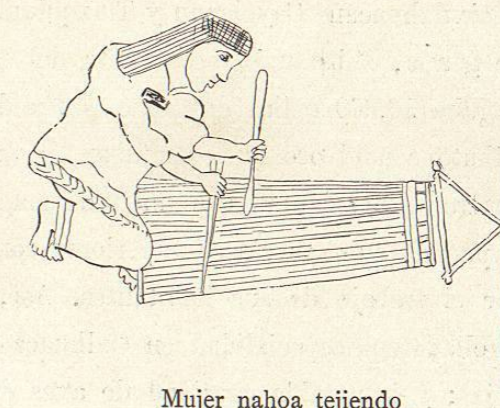
El *mell* proporciona alimento y substancias propias á la filatura de los vestidos y á la fabricación del papel; se construyen con sus bohordos vigas y estacas para las habitaciones; se utilizan las pencas secas

como combustible y las pías como clavos y punzones; se extrae de la savia de sus hojas, miel, vinagre y goma, y en sus huecos se conserva el agua de las lluvias como un depósito creado por la misma naturaleza. Planta providencial, regeneró á una raza, condenándola, al propio tiempo, con las bebidas embriagantes á que da origen, á la abyección y á la decadencia.

Pudieron entonces aquellos grupos consagrarse á nuevas elaboraciones, que fueron, poco á poco, aumentando los materiales de su primitiva existencia, sin que la industria pasara, no obstante, de los estrechos límites de las necesidades domésticas, hasta que fuerzas sociales la ensancharon, haciéndola salir de la choza á la circulación comercial. Esas fuerzas fueron la guerra y el impuesto.

La guerra y el impuesto como auxiliares de la industria.—En su primera fase, la guerra ofrece un carácter de ferocidad inaudita; cada enemigo vencido es de antemano condenado á muerte; es el período de la *industria del robo y del asesinato*, según el ordenamiento de un sociólogo, como base de conservación del grupo. Más tarde la lucha, sin perder en estas primeras páginas de la historia primitiva su aspecto cruel, ha servido para utilizar, en beneficio de los vencedores, la energía vital de los sometidos. La esclavitud aparece, y con la esclavitud el aprovechamiento, sin merced, del esfuerzo humano.

La conquista azteca presenta este segundo aspecto de la evolución; en ella, las grandes construcciones, los templos, los palacios, representan una enorme suma de fuerzas empleadas en una labor, inútil, si se la relaciona con un fin preconcebido, favorable al bienestar y al progreso del agregado social; benéfica, si se la considera como un medio de promover actividades colectivas. Los dioses reclamaban víctimas, inmoladas en las piedras de los altares, pero el esplendor de los reyes y de los nobles exigía brazos para mantener su lujo sin freno; ambos grupos se unen en su esfuerzo al acometer obras monumentales, destinadas á satisfacer sus exigencias de clases dominadoras.



Mujer nahoia tejiendo

Así, la calzada que ligó á México con Coyoacán fué un trabajo impuesto por Itzcoatl á los pueblos vencidos en este primer período de la contienda; los tecpaneca, arrojados de sus dominios, errantes durante cuatro años, lograron la hospitalidad de Tecocoatzin, señor de Cuauhtitlán, quien los aprovechó en reparar los bordes del río, que amenazaba con devastadoras inundaciones á las comarcas ribereñas; el templo de Huitzanahuac fué alzado por Motecuhzoma Ilhuicamina con el concurso de los hombres por él dominados; al emprenderse la construcción del gran *teocalli*, considerable número de mensajeros meshica recorrían las provincias conquistadas, en demanda de trabajadores para la obra, que fué terminada por los prisioneros huasteca y otros cautivos de los vencedores; y la rebelión de los chalca se castigó condenando á toda su población, hombres, mujeres y niños, á tomar parte en el levantamiento y reparación de los edificios públicos.

¿De qué otra suerte se hubiera podido llevar á término el célebre palacio de los reyes de Texcoco, en el que, dice un historiador, se emplearon doscientos mil operarios, si no era acudiendo á la labor obligada de las tribus sometidas?

Y esta función de la guerra se traduce, no solamente por un renovado impulso transmitido al esfuerzo colectivo, sino por una diferenciación, cada vez más acentuada, de la común tarea. Nació entonces la división del trabajo; vinieron los distintos grupos de operarios, los artistas, los decoradores, al lado de los acarreadores de bloques y los braceros.

Por las grandes obras de la conquista militar, por sus plazas fortificadas, por sus templos, por sus palacios, desfila una larga comitiva de artesanos, talladores, joyeros, escultores, fundidores, fabricantes de mosaicos de pluma, pintores, guiados por entendidos capitanes: ingenieros y arquitectos; pasa una cohorte inmensa de actividades, encarriladas por caminos conducentes á la creación de una variada industria.

A esta primera influencia de la guerra debía muy pronto unirse la que determinó el tributo, hecho económico derivado de la organización militar agresiva de aquellos grupos.